

su jurisdicción. Aumentar cuanto fuese posible el ya adquirido era la natural aspiración de aquellos advenedizos príncipes, creados por su *propia gracia*; de ahí las continuas guerras de mayor ó menor importancia con los limitrofes, y el constante afán por intervenir en las contiendas entre califas, pretorianos y visires, y lograr preponderante influjo en la capital.

La disolución general de las provincias occidentales y del centro, que de este modo comenzaba á producirse, pudo ser atajada durante algun tiempo por el enérgico regente Muwaffak, su hijo Mótadid y su nieto Múktafi. Ya hemos visto cómo lograron reincorporar al califato, tras larga lucha, los dominios de los tulunidas. De igual manera supo Muwaffak poner límites desde 262 (876) á las usurpaciones del persa Saffar, y Mótadid dominar al hermano y sucesor de éste con el auxilio de los samanidas, que se habían hecho poderosos en la Transoxania hasta el punto de que ya no había que temer por este lado; porque si bien los samanidas no reconocían sino en la forma la suprema soberanía de los califas, no dejaba de ligarles á éstos el interés comun de mantener el órden en el Este, y jamás intentaron agresión alguna contra el Irak. Por eso el propósito de Hamdan de hacerse fuerte en Mardin, en la Mesopotamia, tan cerca de la misma capital, y desde allí sacar partido de las vicisitudes y de las revueltas jaridschitas en las inmediaciones de Mosul solo pudo prosperar hasta que Mótadid intervino, y en el año 282 (896) así el caudillo jaridschita como el audaz jefe de partidarios fueron hechos prisioneros. Mas los hamdanidas no carecían de talentos diplomáticos: Hamdan había tenido la precaución de asegurarse la retirada, haciendo servir á uno de sus hijos, El-Husein, en el ejército del califa, y las súplicas de este hijo lograron el perdón del padre. Husein siguió distinguiéndose como excelente militar; cuando la conquista del Egipto (292=904) mandaba la vanguardia de Mohammed Ibn Suleiman, y en 294 y 295 (907-908) obtuvo triunfos importantes peleando contra los karmatas. En el ínterin, su hermano Abu'l-Heidschá Abdallah había sido nombrado, en 292 (905), lugarteniente en Mosul; consiguiendo reprimir, en 294 (907), una peligrosa rebelión de los curdos, lo cual había robustecido su posición. Como sabemos ya, cuando la revolución palaciega de Ibn El-Mo'otás en tiempo de Múktadir, estaba Husein de parte del pretendiente; Abu'l-Heidschá, sin embargo, se portó entonces, al fracasar la intentona de su hermano, con igual lealtad que éste en vida del padre: salió con un ejército en persecución de los fugitivos, logrando luego que fuera indultado Husein, el cual obtuvo en 298 (911) el mando superior de Diyar-Bekr y mas tarde el de su propio país Diyar-Rabi'a. Poco tiempo despues, Abu'l-Heidschá primero (301=913-914) y luego Husein (303=915-916) intentaron declararse independientes del débil Múktadir; pero Munis, esforzándose de continuo por defender la autoridad de los abasidas contra los intentos de independencia de los emires, los rindió y por segunda vez fueron conducidos á Bagdad todos los hamdanidas. Allí perdió la vida Husein en 305 (917), sospechoso, probablemente con sobrado motivo, de complicidad en una conspiración. En cambio, á Abu'l-Heidschá le fué devuelta en 307 (919-920) la lugartenencia de Mosul; el gobierno de Diyar Rabi'a fué confiado tambien á deudos suyos, y estas comarcas, prescindiendo de la marea karmata (véase mas adelante), cuyas últimas oleadas fueron á romperse hasta allí, permanecieron durante bastante tiempo sin perturbación alguna en manos de los hamdanidas. En 316 (928) se adhirió Abu'l-Heidschá á la expedición de Munis para destronar á Múktadir, hallando la muerte en las revueltas que motivaron la restauración de este califa. No obstante, su hijo El-

Hasan fué confirmado en la lugartenencia de Mosul y Diyar Rabi'a; tuvo que compartir su autoridad con otros dos hamdanidas, pero éstos estaban completamente identificados con su política, la cual, con motivo del nuevo golpe de Munis, para variar esta vez se inclinó á favor de la corte de Bagdad, pero con éxito fatal. Munis se apoderó de Mosul y Hasan tuvo que huir. Cierta que á la muerte de Káhir (322=934) le fué devuelta su provincia, mas el visir Ibn Mokla se la volvió á quitar. Eran ya demasiado poderosos los hamdanidas en su territorio para que pareciese prudente enviar allí á un extraño, y así fué confiado su gobierno á un tío de Hasan. Pero éste se presentó de improviso en Mosul, sorprendió al deudo recién llegado y no vaciló en matarle (323=935). Tras muchas vicisitudes volvió á hacerse dueño de Mosul, Diyar Rabi'a y Modar, y en 324 (936) su hermano Ali lo era tambien de Diyar-Bekr, de manera que la mayor parte de la Mesopotamia estaba en poder de los hamdanidas.

Por aquella época el califato, bajo la dirección del emir al-omará Mohammed Ibn Raik, se encontraba en las mayores dificultades. Ya desde 301 (914) los alidas habían extendido desde el Tabaristan su poderío hácia el interior de la Persia é introduciéndose así, en modo amenazador, entre los territorios de Bagdad y del Chusistan, gobernados por los emires de los califas y sus aliados samanidas. En las guerras que hicieron particularmente á estos últimos, tomaron parte muy principal, como era de esperar, los pueblos montañeses de la costa meridional del mar Caspio, adictos desde antiguo á los alidas, y entre ellos estaban á la sazón en primer término los deilemitas. Rudos é incultos, pero vigorosos y bravos, habían nacido para ser los mesnaderos de aquellos tiempos del derecho del mas fuerte, como los turcos, de los cuales apenas se diferenciaban sino por su mayor fiereza y por sus creencias siitas. No estaba, sin embargo, muy arraigada su veneración á los alidas; su celo por la casa del Profeta no había sido nunca mucho mas que un pretexto para satisfacer el espíritu de rebeldía que les era innato; no es, pues, de extrañar que entonces, que comenzaban á figurar en mayor teatro, se acostumbrasen, siguiendo el ejemplo de la demás soldadesca, á mirar principalmente por sus intereses personales y á satisfacer su codicia y ambición. Así, no solo los encontramos dispuestos á servir sin reparo alguno á príncipes sunnitas, sino que vemos tambien á sus jefes, que lo eran solo á fuerza de energía y fiereza, afanosos desde el primer momento en proporcionarse cada uno, como lo hacían los turcos, persas y árabes, dominios propios, arrancados á los girones del imperio de los califas. Abu Schadschá Buweih fué uno de estos jefes de mesnada que mas se distinguieron en las guerras entre samanidas y alidas; peleando primero por aquellos y luego por éstos, pronto figuró en primera fila entre sus compatriotas, siguiéndole sus tres hijos Ali, Hasan y Ahmed, fundadores de una nueva dinastía, la de los buweihidas ó buyidas (1). Ya hablaremos del conjunto de su historia mas adelante, bastando que indiquemos ahora que por la época de la subida de Radi al trono (322=934), la Persia central, particularmente el Fars propiamente dicho, estaba ya en su poder, y que se disponían entonces á apoderarse tambien del Chusistan. Esta provincia se hallaba á la sazón en poder de tres hermanos, hijos del administrador de correos de Basora, designados generalmente por este motivo con el nombre de «los hijos de Baridi» (2). El mas sobresaliente de ellos fué Abu Abdallah, hombre desprovisto de toda conciencia, que con particular cinismo supo ejercer

(1) La última pronunciación de este nombre es la que se usaba antiguamente, pero la primera es la mas correcta.

(2) *Barid* es la palabra árabe que significa «correos», y de ahí que *baridi* sirva para designar al empleado de correos.

el estimado oficio de encumbrarse en la excelente sociedad de aquellos tiempos por medio de la hipocresía, la intriga y el asesinato, saqueando y vejando al pueblo. Hallándose entre los buweihidas, que avanzaban, y el califa, ó mejor dicho, el visir de éste, procuraba abrirse camino aliándose alternativamente con una ú otra parte, con la reserva mental, como se puede suponer, de caer como enemigo, segun el caso, sobre el aliado del momento antes. Ibn Mokla fué el que confió, en 316 (928), la provincia á estos dignos funcionarios, los cuales, á pesar de separaciones temporales de sus cargos, siempre habían vuelto á dominar en el Chusistan, logrando en 320 (932), mediante el pago, ya de costumbre, de una gran cantidad, que Basora fuese incluida en la jurisdicción de su lugartenencia. Así se encontró Ibn Raik, cuando se encargó del emirato, en 324 (935), ante la difícil tarea de hacerse respetar de estos peligrosos vasallos á la derecha y de los hamdanidas á la izquierda, al propio tiempo que apartar del camino de la capital á los karmatas, dueños entonces de la Arabia y del desierto hasta muy cerca del Eufrates, y contener el avance de los buweihidas. Para todo esto solo tenía á su disposición las fuerzas del Irak hasta la frontera de Mosul, pues no había que pensar en recibir tributos de la Siria ni del Egipto, donde los respectivos emires se hacían la guerra sin intermisión. Si bien su general turco Bedschkem derrotó en 324 (936) á Baridi, no pudo hacer lo mismo con el buweihida Ahmed, excitado por aquel contra Bagdad, ni siquiera impedir que ocupara á Ahwas. La confusión llegó al colmo cuando poco despues el mismo Bedschkem comenzó á aspirar al emirato y logró por último su propósito en 326 (938), viéndose Ibn Raik abandonado por sus tropas, pues entonces el hamdanida Hasan, emir de Mosul, consideró oportuno negarse á satisfacer el tributo; y cuando Bedschkem se hubo puesto en marcha con el califa para reducir á la obediencia al vasallo, Ibn Raik se presentó de improviso, á sus espaldas, en Bagdad con unos 2,000 hombres de tropas descontentas. Bedschkem se vió obligado á ajustar apresuradamente la paz con Hasan (327=938), y poco despues se efectuaba tambien una reconciliación con Ibn Raik, en virtud de la cual se trasladó éste con sus tropas á la Siria, donde entabló la lucha con las de Mohammed Ibn Togdsch, llamado *El-Ichschid* (1), lugarteniente en la Siria y el Egipto.

Bedschkem firmó, asimismo, un tratado de paz con Baridi, mediante el cual cedió á éste á Wasit (327=939); mas no duró mucho esta amistad. Cuando á la muerte de Radi su hermano El-Múttaki (329-333=940-944) fué proclamado califa por Bedschkem, Ibn El-Baridi hizo amago de marchar sobre Bagdad y consideró necesario enviar contra él al general turco Tusun. Pero entretanto Bedschkem perdió la vida en una expedición contra los curdos (329=941) y se dispersaron sus tropas; Tusun marchó entonces á la Siria á reunirse con Ibn Raik, otros se pasaron á Baridi, y éste pudo ya sin obstáculo alguno hacer su entrada en Bagdad. Tomó al califa todo el oro que aun había existente; mas no le bastó para satisfacer las exigencias de sus codiciosas tropas y tuvo que abandonar á Bagdad. Prodióse entonces allí el mas espantoso desórden entre los mercenarios deilemitas y turcos. Fué proclamado emir el deilemita Kurtegin; los turcos no quisieron reconocerle, y hubo lucha armada entre ambos bandos. Triunfó Kurtegin, pero como los deilemitas eran aun mas bárbaros y violentos que los turcos, el califa dirigió las mas urgentes súplicas á Ibn Raik para que regresara de la Siria y procurara restablecer el órden en la capital.

(1) Ichschid era, segun se dice, el título de los caudillos turcos de Fergana, de los que pretendía descender *Togdsch*, padre de Mohammed.

Accedió éste, y marchó con sus gentes y las de Tusun á Bagdad, donde derrotó á los deilemitas, que fueron entonces víctimas de la terrible venganza que la población tomó en ellos por las atrocidades que habían cometido. Ibn Raik se encargó otra vez del emirato, pero tampoco duró mucho esta vez la bienandanza. Ibn El-Baridi, que había ido reuniendo paulatinamente otro ejército en Wasit y Basora, negó de nuevo su obediencia, habiéndose adherido Tusun, que no quería seguir ya supeditado á Ibn Raik, y recibiendo tambien auxilio del buweihida, cada día mas codicioso de apoderarse de Bagdad. Con sus tropas envió éste á su hermano Abu'l Husein contra Ibn Raik, que fué derrotado y tuvo que huir de la ciudad con su califa (330=942). Este Abu'l Husein era digno hermano de Ibn El-Baridi: mientras la continuada guerra civil imponía los mas horribles padecimientos á los habitantes de Bagdad, y eran además visitados por el hambre en el invierno de 330 (941-942), no vaciló en exigir un nuevo tributo sobre el trigo. El desdichado pueblo y el mismo Tusun acabaron por rebelarse contra el monárquico; pero vencieron los deilemitas y Tusun tuvo que huir y se refugió en Mosul (330=942), donde los hamdanidas le hicieron tan cordial acogida como ya la habían hecho á Ibn Raik y á Múttaki, que buscaron asilo allí cuando fueron arrojados de Bagdad. Pero Hasan el hamdanida no tenía intención de trabajar en beneficio de otros; aprovechó, pues, una ocasión favorable para mandar matar por sus satélites al confiado Ibn Raik y se hizo nombrar por el débil califa emir al-omará en lugar suyo. Con este motivo recibió el título de *Nasir Ed-Daula*, «protector del imperio», y su hermano el de *Seif Ed-Daula*, «espada del imperio» (cuanto mas apurada era la situación tanto mas altisonantes eran los títulos). Al principio, ciertamente, el éxito fué favorable para los hamdanidas: el hermano de Ibn El-Baridi tuvo que evacuar á Bagdad, y hasta Wasit fué ocupada temporalmente por Seif Ed-Daula. Pero cuando necesitó refuerzos en este último punto para defenderse contra El-Baridi, Tusun, que le había sido enviado con tropas turcas y que deseaba tambien ocupar á su vez una posición independiente, se sublevó contra él y le obligó á regresar á Bagdad. Despues los hamdanidas al cabo de algunas vicisitudes tuvieron que evacuar esta ciudad, ocupada en 331 (943) por Tusun. Como era natural el califa, que por otra parte no había sido tampoco muy bien tratado por Nasir Ed-Daula, se vió obligado á nombrar al turco emir al-omará. Este se mostró tan desconsiderado con el infeliz Múttaki que eran de temer las peores consecuencias, y el «caudillo de los creyentes» volvió á refugiarse al lado de los hamdanidas (332=943); pero al propio tiempo escribió á Ichschid, lugarteniente en el Egipto, solicitando su apoyo, pues tenía motivos suficientes para no esperar mucha lealtad por parte de Nasir Ed-Daula.

Los hamdanidas no dejaron de intentar otro ataque contra Bagdad, aunque naturalmente solo guiados por sus propios intereses; mas fueron de nuevo rechazados por Tusun, el cual hasta les tomó á Mosul; de suerte que Múttaki se vió precisado á dirigirse á Rakka, á orillas del Eufrates. Los hamdanidas habían empezado por aquella misma época á extender su dominación desde la Mesopotamia hácia la Siria septentrional, que en realidad pertenecía á la lugartenencia de Ichschid, y cuando éste avanzaba en aquella dirección acudiendo al llamamiento del califa, ya estaban en posesión de Haleb (332=944). Sin embargo, el caudillo hamdanida evacuó entonces prudentemente esta ciudad; ni Nasir Ed Daula se atrevió tampoco á tomar ninguna medida violenta cuando Ichschid se presentó en Rakka para conferenciar con el califa. Esta conferencia no tuvo resultado positivo alguno. Los hamdanidas estaban ya perfectamente



convencidos á la sazón de la imposibilidad de crearse una situación duradera en Bagdad, tanto menos cuanto que el buweihida Ahmed se había hecho dueño entretanto de todo el Chusistan y de Wasit, dejando á los baridis circunscritos á Basora. Era, pues, inminente la lucha entre el buweihida y Tusun, y tras la experiencia anterior Nasir Ed-Daula no juzgaba en modo alguno conveniente volver á mezclarse en aquella contienda. Puso, pues, sus miras en la Siria, del otro lado del Éufrates, y significó con toda claridad al califa que deseaba verse libre de él. Por otra parte Tusun, para quien á causa de los buweihidas debía tener gran valor la presencia en Bagdad del jefe espiritual del Islam, se mostraba ya dispuesto á llegar á un arreglo con el califa y se deshacía en protestas de fidelidad. Tenía, pues, que escoger el califa entre Ichschid y el emir al-omará; era evidente que ambos solo se le manifestaban propicios por móviles egoístas, porque también para el lugarteniente del Egipto la presencia del caudillo de los creyentes en sus Estados no era sino un medio para acrecentar su propia consideración con sus súbditos y los pueblos limítrofes. Decidióse finalmente Múttaki por Bagdad, para su perdición; porque si bien Tusun, cuando Ichschid se hubo retirado sin conseguir su propósito, prestó, — á fin de tener en su poder al legítimo soberano, — por dos veces distintas y en presencia de los principales funcionarios y teólogos, los mas solemnes juramentos protestando de su adhesión y lealtad, tan pronto como el infeliz califa hubo llegado á Bagdad se apoderó de su persona y le mandó privar de la vista (333=944), para poner en el trono, como instrumento suyo, á un hijo de Múktafi con el nombre de Mustakfi (333 - 334=944 - 946). El perjuro emir no debía gozar mucho de su triunfo: murió en 334 (945) de epilepsia, mal que hacia tiempo que le aquejaba, y su sucesor, el hasta allí visir Ibn Schirsadh, fué el último verdadero emir al-omará. El buweihida Ahmed avanzaba ya desde Wasit; y Bagdad estaba tan exhausta por el bárbaro régimen de turcos y deilemitas, que el hambre era allí continua y no había medio de atender al sueldo de las tropas. Así, pues, muy pocas eran las que apoyaron á Ibn Schirsadh cuando intentó hacer frente al enemigo ante las puertas de Bagdad. Poco podía durar la desigual lucha: el 11 de Schumada I de 334 (19 de diciembre de 945) entró Ahmed en la capital; aceptó de manos del califa el nombramiento de emir al-omará, con el título honorífico de *Mó'is Ed-Daula*, «fortalecedor del imperio,» pero, al propio tiempo, asumió el de *sultan*, lo que era anuncio en toda forma de que se proponía gobernar en lo político por sí solo y prescindiendo del califa. Naturalmente, los de Deilem, como siitas que eran, no se cuidaban tampoco de su autoridad espiritual; mas para la población del Irak, en su gran mayoría sunnita, el «caudillo de los creyentes» continuaba siendo, lo mismo que antes, el jefe supremo de la religión, y por eso el sultan buweihida reconoció en la forma al califa. Este podía tener su servidumbre personal, recibiendo una pensión de 5,000 dirhems diarios, y su nombre precedía, así en las rogativas como en las monedas, al del sultan; mas estas exterioridades no tenían ya importancia alguna para el «vicario del Profeta,» y tanto era así, que luego se hizo proverbial el dicho: «Se contenta con monedas y sermón,» aplicado á la persona que se dejaba entretener con vanas palabras y promesas. No tardó mas de cinco semanas el buweihida en demostrar cómo entendía el «homenaje» prestado á Mustakfi. Irritado con el desdichado por un motivo cualquiera, mandó quitarle la vista y puso en su lugar como califa á un hijo de Múktadir llamado Muti (334 - 363 = 946 - 974). Así Ahmed como sus sucesores trataron á los decaídos descendientes del temible Mansur y del altivo

Harun peor que á su propia servidumbre; pronto quedó relegada al olvido la pensión concedida en los primeros tiempos, y las rentas de unas pocas fincas cedidas á los abasidas para atender á sus necesidades no bastaron á veces para librarles de la estrechez: tal era el rebajamiento á que había llegado el califa, cuyos recursos y poderío solo cien años antes parecían no tener límites.

Naseir Ed-Daula conoció demasiado tarde que había cometido una falta permitiendo que en lugar de un Estado débil y paralizado por continuas revueltas intestinas, se alzase un nuevo poder militar asaz vigorosamente organizado para durar todavía algunas décadas. Cierto que apenas contaría con medios suficientes para oponerse con la fuerza á su desarrollo, pero de una ú otra suerte los buweihidas eran un obstáculo serio para él á la sazón. Seguía ocupando oficialmente el puesto de lugarteniente ó vasallo del califa, y estaba, por lo mismo, obligado á pagar tributo á éste, ó sea á los sultanes que entonces gobernaban en su nombre. Intentó varias veces (337-347-353 = 949-958-964) eximirse de esta obligación; pero los buweihidas, mucho mas fuertes que él, por aquel tiempo, despues de la toma de Basora y del fin de los baridis (336 = 947), eran ya dueños de toda la Persia hasta cerca de las fronteras del Chusistan, si bien les era aun disputada esta posesión. No tuvo, pues, mas remedio el hamdanida que conformarse con permanecer en una situación poco agradable de dependencia para con los deilemitas; pero aun con este carácter no debía tener buen fin su gobierno. En el año 356 (967) fué reducido á prision por su hijo Abu Táglis, con quien se había malquistado por motivos que nos son desconocidos, y permaneció encerrado, si bien tratado con benignidad, hasta su muerte, ocurrida en 12 de Rabí I de 358 (3 de febrero de 969), término trágico, pero muy merecido, de una incansable actividad de 35 años, para un hombre que con suma astucia y talento, pero con no menos deslealtad y calculado egoísmo, se había creado, empezando por un territorio de escasa importancia, un principado que á su muerte abarcaba toda la Mesopotamia hasta Tekrit, á orillas del Tigris. Sus descendientes lo perdieron en menos de diez años: los hermanos de Abu Táglis se enemistaron con éste y despues unos con otros; él mismo tuvo la desgraciada idea de entrometerse en una contienda entre los sultanes buweihidas, y cuando Adud Ed-Daula, sobrino de Mó'is, que murió en 356 (967), se hubo enseñoreado de todo el Irak en el año 367 (977-978), el hamdanida se vió obligado á abandonar Mosul y en 368 (978-979) la Mesopotamia. Murió el año siguiente cerca de Ramla, en la Palestina, sobre cuya población había intentado un golpe de mano con una partida de beduinos que había enganchado al efecto. Los demás descendientes de Nasir Ed-Daula pasaron unos al servicio de Adud Ed-Daula y otros al del Egipto; unos cien años despues, su nieto Hasan Ibn Husein, que también se hacia llamar Nasir Ed-Daula como el abuelo, siendo generalísimo en el Cairo fué sorprendido y muerto por algunos emires envidiosos, y este es el último dato que tenemos de los hamdanidas de Mosul.

Mas por extraordinarias que sean las vicisitudes de su historia, no está vinculada en ellos la verdadera celebridad de su raza. Si en lo que precede no hemos vuelto á hacer mención de Seif Ed-Daula posterior al año 331 (943), es debido á que poco despues de esta fecha había hallado otro campo para su actividad. Apenas regresaron, en el año 333 (944), el califa Múttaki á Bagdad y el emir Ichschid al Egipto, los hamdanidas repitieron sus tentativas contra la Siria septentrional. Disponiendo, como disponían, de Diyar Modar, no tenían sino que pasar el Éufrates y hacer dos jor-

nadas para situarse en Haleb, que con toda la Siria pertenecía á los dominios del emir del Egipto. El mismo Seif Ed-Daula se puso esta vez al frente de la expedición; entró en Haleb el día 8 de Rabí I de 333 (29 de octubre de 944), derrotó poco despues, cerca de Hims, á las tropas de Ichschid enviadas contra él á las órdenes de Kafur (1) y se presentó delante de Damasco. La guarnición se negó á entregar la ciudad, y cuando se presentó luego el propio Ichschid con un poderoso ejército, retrocedió Seif Ed-Daula, y tras un combate desgraciado para él, cerca de Kinnesrin, tuvo que evacuar á Haleb. La muerte del enérgico Ichschid, á fines de 334 ó principios de 335 (946), dejó otra vez el campo libre al hamdanida: el hijo de su adversario que había heredado la soberanía del Egipto, era menor de edad, y Kafur, que gobernaba en su nombre y supo mantenerle también despues bajo su tutela, estaba bastante ocupado á la sazón en reducir á la obediencia á los emires recalitrantes. En 335 (946) logró, pues, Seif Ed-Daula apoderarse de Damasco. Pero concitó contra sí los ánimos de los habitantes y de los beduinos que moraban en las inmediaciones de la ciudad, dando á conocer demasiado pronto su propósito de someter á mas rígida disciplina á los árabes, acostumbrados á sobrada independencia, dada la flojedad del lazo que unía la Siria al Egipto; de ahí que los mismos damascenos volvieran á llamar á Kafur, el cual ganó dos batallas á Seif Ed-Daula, obligándole á evacuar no sólo á Damasco sino también á Haleb por segunda vez (fines de 335 ó principios de 336=947). Despues de varios incidentes llegóse, sin embargo, á un convenio entre éste y Kafur, que necesitaba la paz en el extremo Norte para poder continuar con seguridad en el mismo Egipto su papel de señor y dueño. En este convenio quedó cedida definitivamente la Siria septentrional, con inclusion de Hims, á Seif Ed-Daula, siguiendo Damasco sometida al Egipto; y fueron observadas estas estipulaciones por ambas partes con tanta mayor escrupulosidad cuanto que Kafur tenía que hacer frente muy á menudo á las tentativas de su pupilo para sacudir la molesta tutela y Seif Ed-Daula sobrada ocupación en defender su recién fundado Estado de los ataques de los bizantinos.

La antigua guerra de represalias que castigaba toda complicación interior de uno de los dos imperios con la victoria de los ejércitos del otro en las constantemente disputadas fronteras de las «defensas» y de la Armenia, no había producido sino desastres al Islam con las crecientes desdichas del vergonzoso régimen del emirato. Los progresos hechos en la Armenia por Juan Kurkuas desde 308 (920) habían exigido ya desde el año 324 (936) la intervención de Seif Ed-Daula, que gobernaba aun entonces á Diyar Bekr, y particularmente en los años 326 (938) y 328 (940) abundan las noticias de sus correrías por las inmediaciones de Malatia y en la Armenia, cuya parte occidental se hallaba ya toda en poder de los griegos. Aun dando todo crédito á los mismos relatos árabes que hablan de las victorias que obtuvieron, — relatos que, sobre todo los de aquella época, han de ser acogidos con suma reserva, — resultaría siempre que tales victorias no fueron de efecto duradero, porque las desdichadas guerras de los hamdanidas por la posesión de Bagdad y de la dignidad de emir al-omará les obligaban á dejar casi del

(1) Los árabes habían tomado poco á poco la costumbre de poner á sus esclavos, y particularmente á los enanos, nombres familiares, expresivos de preciosidades de todo género, como *Schauther*, «joya,» *Jakut*, «jacinto,» y otros por el estilo; así *Lulu* significa «perla» y *Kafur* «alcáfor.» La mayor frecuencia con que se ven figurar empleados y emires con semejantes nombres evidencia como arraigada la fatal costumbre de encumbrar esclavos del harem á los mas elevados cargos del Estado; el mismo Kafur era un negro ó á lo menos abisinio.

tudo indefensa la frontera del Norte. Cada ciudad se veía obligada á defenderse por sí como pudiera contra Kurkuas; no es, pues, maravilla que el general bizantino, que ya en 329 (940) había hecho incursiones en la Mesopotamia, lograra apoderarse de Nisibe en 331 (942). Se avino á no penetrar en Edesa mediante la entrega del sudario de la Verónica, recibido con inmenso júbilo por los cristianos; pero en 332 (943-944) tomó á Ras El-Ein, y solo la destitución del denodado héroe, segundo Belisario, como le llamaba el pueblo, destitución debida á envidiosos que le habían calumniado ante el emperador Romano I, interrumpió los triunfos de los bizantinos Seif Ed-Daula, aun antes de haber consolidado su posición en Haleb, se decidió á penetrar en el territorio mas allá de Mar'asch: la Mesopotamia quedaba asegurada si se conseguía amagar el flanco de los griegos por el lado de la Siria septentrional. Cierto que durante los primeros años, mientras duró la lucha con Kafur, nada se pudo intentar allí, pero desde 336 (947) el hamdanida extremó sus esfuerzos para rechazar al Asia Menor al eterno enemigo del Islam, si bien con éxito vario. En el año 337 (948-949) conquistaron los griegos á Mar'asch é infligieron una seria derrota á la guarnición de Tarso; y en 339 (950), al regresar Seif Ed-Daula de una incursión victoriosa en la Capadocia, cayó en una emboscada en el monte cerca de Hadath, de la cual á duras penas lograron salvarse él y unos pocos de sus hombres. Mejor suerte tuvo en los años 340-344 (951-952 - 955-956), pues en varias campañas dirigidas con vigor rechazó á los cristianos, reconquistó á Mar'asch en 341 (952-953) y restauró sus murallas, devolviendo así su antiguo brillo á las armas islamitas. Mas las fuerzas del pequeño principado no eran suficientes para resistir á la larga la furia de los ataques del poderoso imperio bizantino. Ya en 345 (956-957) sufrió un descalabro una de las divisiones del ejército muslim; en 346 (957) Leon, hijo del Doméstico Bardas, se apoderó de Hadath, á la cual en los años anteriores se había puesto sitio varias veces en vano; en 347 (958) los griegos penetraron por el Norte en la Mesopotamia, cayendo en su poder varias fortalezas y llegando á internarse entonces otra vez hasta Amid; en 348 (959) avanzaron hasta Edesa y Harran; y cuando Seif Ed-Daula intentó obligar á Leon á la retirada mediante una diversion en el territorio bizantino, se halló cortado él mismo y fué aniquilado casi por completo su ejército. Pero verdaderamente funesto para los musulimes fué el año 350 (961), en el cual Nicéforo Focas, el famoso general y luego emperador, llevó á cabo la tantas veces frustrada reconquista de Creta, haciendo desaparecer así del centro del imperio la avanzada mas temible del Islam, que había distraído hácia varios puntos las fuerzas de los griegos para mayor seguridad de las fronteras del califato en el Asia Menor. A la sazón aquellas fuerzas podían ser dirigidas con mayor eficacia que antes contra la Siria y la Mesopotamia; y para mayor desgracia del príncipe de Haleb, el antiguo mal del pueblo árabe, la rebeldía, se declaró también entonces entre sus emires. El comandante de Tarso se proclamó señor independiente en 350 (961-962); dos años despues (352 = 963), estando enfermo Seif Ed-Daula, su mas probado general siguió el ejemplo de aquel, y poco mas tarde (354 = 965) otro de sus caudillos se proclamó señor de Antioquía. Hay algo de trágica retribución en el hecho de que este príncipe, envejecido antes de tiempo y á menudo aquejado de grave enfermedad, se viera entonces tratado por sus subordinados del mismo modo que él había tratado en su juventud, siguiendo á su hermano, á la decadente casa de los califas. Es digna de admiración la constante valentía con que prosiguió mientras tuvo vida la lucha desesperada, así en el interior como en